

La Priora

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición.

© Fernando de la Hermosa, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-056/07
I.S.B.N.: 84-935197-9-0

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

La Priora

FERNANDO DE LA HERMOSA

A ti, Paloma
de las blancas alas,
blanca alma,
y blanca piel...
¡sí!, alas, alas, alas
en tu blanca piel.
Alas, alas, alas
que me dan calma;
alas, alas, alas
que me levantan
cuando me ven caer.

A ti, Paloma
de ocultas alas.

Alas, alas, alas,
apoyo, fulcro, palanca
para este mundo
de hiel.

Alas, alas, alas.
¿Por qué dudáis
que las tiene?
¿Porque ella
no lo sabe?
No importa,
Porque yo...
¡Qué bien lo sé!

Alas, alas, alas.
El Uno...
sabe también
que las tiene.
Le han sido
dadas...
...¡por Él!

PRÓLOGO

Consultadas las personas que me han ayudado, tanto en la búsqueda y corroboración necesaria de algunos de los datos que figuran en este libro, como en la lectura de las páginas que lo componen, decidimos que no ha lugar a efectuar comentario alguno sobre el contenido del mismo.

En varios aspectos hemos estado de acuerdo, desde el comienzo, y espero que compartan la opinión los lectores. Las coincidencias sí deben destacarse.

A los expertos les será difícil catalogar el libro. Contiene una parte autobiográfica de un autor que desconocíamos, mezclada con posible ficción. Lo que sí hemos podido comprobar de la primera parte de La Priora es que incluye datos de carácter histórico que se corresponden con la más absoluta realidad. Ignoro si los nombres originales –se han cambiado–, de las personas coinciden con el de aquellas que participan, en un modo u otro, en alguno de los complejos hechos relatados. Todos los establecimientos citados existieron, aún existe alguno de ellos. Las personas consultadas, y que vivieron las distintas épocas en las que se desarrolla el relato, recuerdan incluso los colegios que se citan, por lo que se omiten sus nombres. Es más, algunas de ellas, que viven en las calles próximas, fueron alumnos y alumnas de ambos centros. Pero no debemos adelantar ninguno de los acontecimientos. Los datos de carácter histórico y científico han sido fehacientemente comprobados, y su exactitud llega a sorprender a los expertos en ambos temas.

Intencionadamente se han cambiado los nombres de alumnos y profesores, ya se ha dicho, buscando evitar que citas de desconocida veracidad puedan molestar de alguna forma, por pequeña que sea, a todos aquellos que aparecen en los relatos, repito, de un autor supuestamente desconocido. Asumo toda la responsabilidad.

La segunda coincidencia es, siempre a mi juicio, de mayor importancia. El esfuerzo del autor en investigar la vida de, posiblemente, el principal protagonista, y los logros que obtiene merecen ser destacados. Sólo una amistad leal conduce a una búsqueda que en la época en que se realizó estaba cargada de dificultades.

La última de las coincidencias era tan evidente que también me veo obligado a comentarla. La posible ficción que puede contener está sujeta a la más razonable de las dudas. La probabilidad de que sea una verdad tangible depende de la interpretación dada a fenómenos que, según unos son paranormales, según otros, milagros o prodigios, –obra de Dios o del diablo–, y para terceros, ciencia de elevado nivel; pero las personas que estuvieron comprometidas en los hechos mantienen que ocurrieron. No tienen, o se niegan a dar, explicación correcta para ellos, no conocieron todo el tema, “por revestir cierta peligrosidad” en aquellos tiempos. Por razones que callan, ignoran, o porque es cierto que se ocultaron, o deben ocultarse, algunos aspectos del relato rozan el esoterismo, o revelan unos conocimientos científicos sorprendentes para la época.

La recopilación de todos los datos disponibles y la redacción final, casi medio siglo después, sólo ha tenido un objetivo: Ser fiel a la memoria de un profesor y estudiante comprometido, supuesto autor, a su concepto de la amistad, y a unas personas que hicieron de sus vidas un ejemplo de amor y sacrificio. Realidad o ficción, contiene enseñanzas dignas de considerar.

El autor

CUENTOS CON MENSAJE

El color azul siempre ha estado relacionado por los hombres con la espiritualidad, el sentimiento religioso y el desapego de lo material. Es posible que por ello, en la mitología india, Vishnú y Krishna lleven la piel coloreada de azul; es posible que por ello a Júpiter, el más alto del Olimpo, se le asocie con el color azul; es posible que, también por ello, sea el color de Amón y del escarabajo sagrado... Todo es posible, hasta que represente la búsqueda de lo infinito, como mantienen los amantes de los símbolos.

Es posible, ¿por qué no?, que el color azul de las pastas de unos viejos cuaderno, que contenía un manuscrito, atrajeran en mi niñez la infantil curiosidad y me obligaran a leer su contenido. Sí, es posible. Goethe dijo que «...nos encanta contemplar el color azul, no porque se acerque a nosotros, sino más bien porque nos atrae hacia él». Pero de aquella lectura apenas recordaba nada, sólo que había unos cuentos que me llamaron la atención, por lo que arranqué las hojas del cuaderno en el que estaban para guardarlos. Y me ha costado poder recuperarlos.

Para evitar que se pierdan de nuevo los incluyo al principio de este libro. Son, por ellos mismos, una presentación adecuada del relato que contiene, y forman parte de él. Cómo llegaron a mi poder, y el resto del manuscrito, componen las páginas que a continuación se incluyen. Siempre tendrán, para mí, un valor incalculable, y espero sinceramente que sean del agrado de quienes comiencen a leer los textos que siguen, terminado este párrafo.

Reverenda Madre

Siempre que me corrige con su proverbial bondad acaba recriminando parte de mis escritos, especialmente aquellos que son pequeños cuentos, y que, por procurar se lean con facilidad, utilizan un castellano coloquial. Estoy de acuerdo en ello, pero hoy he encontrado un relato, perdido entre mis papeles, que mereció aplausos por más de un erudito. Se lo acompaño. Hay una razón poderosa para ello.

En ese empeño de aprender y aprehender el castellano, y batallar para que mejor se enseñe, le recuerdo que comencé a escribir “Guiños a la eñe”, como parte de terapia ocupacional. La terapia iniciada algo me está favoreciendo, el relato que he citado, y que transcribo, pasó al papel sin utilizar el diccionario ni una sola vez. Espero sus comentarios y acepto la posterior crítica, pero le ruego no olvide que se escribió “cálamo corriente”, dado que el original me lo leyó un amigo, su autor, y no recuerdo todo con exactitud.

El Faraute

En aquellos tiempos, no tan lejanos, en los que se representaban las comedias de Calderón en los jardines del Buen Retiro, los guardias de corps recogían paseantes del cercano prado de San Jerónimo, llevándoles con el “sano” fin de educar, o de despertar a cortesanos ebrios y aburridos.

En una ocasión de las citadas, entre los muchos paseantes, fue “gentilmente” invitado un profesor de Teología que ejercía en el Seminario de Nobles, regentado por jesuitas.

Terminada la representación, el profesor decidió descansar un tiempo y reflexionar sobre lo visto y oído mientras esperaba que salieran los más necesitados de tan lujoso jardín. Sentado al abrigo de un tilo, cerca del canal llamado Mallo, siguió en su meditación al frescor que facilitaban las aguas cercanas y al suave y tranquilizador murmullo que producían las copas de los castaños mecidas por la brisa.

Cuando más tranquilo se hallaba el maestro fue arrancado de su beatífico estado por las risas de unos nobles de privilegio que, nadie sabe cómo y a quién, habían cambiado doblones por “señoríos” y “din” por “dones”; risas que turbaron su paz.

Un joven y dos damas formaban el terno de paseantes de la impertinencia. El joven, pretendido y pretencioso caballero, que había sido faraute de la comedia, a cada movimiento de su cabeza atizaba más polvo de la peluca que el mandil de un molinero. Las damas, con más años que la pirámide de Micerino, resbalándoles los afeites por la piel, parecían toneles de alpechín cubiertos de lazos. El triunvirato de zafios se detuvo ante el maestro. En tono burlón el joven interpeló al sabio:

—Vuesa merced, que apariencia tiene de ser entendido en comedias, ¿qué opinión tiene de la hoy representada?

La respuesta del sabio no se hizo esperar. Tranquilo, con voz amable y palabra serena, contestó:

—Bien medido el verso. Adecuada unión de tiempo lugar y acción. Trama interesante y contenido moral positivo. Es posible que se haya perdido parte de todo ello por la fraseología en prosa añadida al texto original de don Pedro.

El petimetre rió con estruendo. Entre jeribeques a las damas y gestos de comediante chapuza, preguntó:

—¿No será que v.m., en su desconocimiento, no llegue a comprender el uso hecho del castellano por el responsable de la representación? Si esa es la causa, ofrezco a v.m. mi fiel amistad para ampliar sus conocimientos, y mayor difusión de la cultura.

Observó cuidadosamente el maestro al triunvirato de fatuos. Sonriendo con amabilidad a las damas, contestó:

—Es posible que vos tengáis razón. ¿Quién me honra con su gentil ayuda?

El galán de oportunidades contestó:

—Don Fadrique Fernández Fonseca.

—Permita decline la ayuda de vuestra elocuencia —el tono del profesor se hizo más severo—, don Fadrique Fernández Fonseca, ilustre caballero de las tres efes. Espero que mi argumento le convenza:

“No fío en fidelidades friáticas de fatuos, señor Faraute. Finalizada la fiesta fijeme en su faz, que al filar fondeando la fastuosa falúa floreció entre foráneos fardales; flirteadores de fingidas fallancas por fardar finas faralas; fanfarrones falibles de farragosas frases, de fogosas filípicas, faramallones de férvidas fililtes fútiles; filósofos de fiascos; fantaseadores de frívolas fábulas de falaz fondo; festejadores de futuros favores con falsedad formulada de fehacientes fielatos; y, figurones, que fenecen cual falenas fámulas de famélicos fanales, faltos de facilitadas finanzas de famosos filántropos.”

Ante la sorpresa de tan ilustres personajes, tras un breve silencio, prosiguió:

—Flojean sus familiares efes de formación faltas, finiquite su favor. Fío mi futuro en las frondosas forestas del fértil y formativo estudio y de la Fe en Cristo; Él os favorezca, don Fadrique, con final feliz, y no fortalezca su falaz y farfulla fonética.

El asombro de los tres nobles no evitó que se despidiera, saludando con una leve inclinación de cabeza, sonrisa suave y cuidado gesto. En silencio, caminando pausadamente, se perdió por el paseo de los castaños.

N.A. El Parque del Retiro, que hoy conocemos, apenas se parece al que existía en la época en la que se pudo desarrollar el relato. El palacio, las casas anexas, el teatro, La Casa de la Pelota, etc., fueron transformados en la guerra de la Independencia en cuarteles, caballerizas, puntos de ubicación de piezas de artillería, etc.; y, los jardines, destrozados y explanados para maniobras del ejército francés, siendo el edificio de la Real Fábrica de Porcelanas, derruido por los ingleses en 1812, el canal Mallo salía del estanque grande, cuya superficie era de “tres veces y un tercio” la Plaza Mayor, y se dirigía hasta cerca de lo que fuera hasta hace poco La Casa de Fieras, construida por orden de Fernando VII. El citado canal recorriendo los jardines llegaba hasta el estanque conocido por “Las Campanillas”, cediendo agua en algunas partes al llamado Río Chico. En el centro del estanque grande se encontraba una isleta de forma elíptica arbolada, que también se conoció como “La casa de la hechicera Circe”, por representarse en ella comedias de tipo mitológico.

Como ejemplo de las comedias representadas sirva como nota recordatoria que la obra de Calderón de la Barca “Las fierezas de Anaxarte y el Amor correspondido”, que llegaba a durar siete horas, se representó, entre mayo y junio de 1632, durante cuarenta noches consecutivas, para el pueblo de Madrid treinta y siete, y el resto para los “notables de la corte”.

La fastuosidad de los jardines y palacio del Buen Retiro y las fiestas en él realizadas durante el reinado de Felipe IV, promovidas por el Conde Duque de Olivares, promotor de su construcción, llegaron a un nivel de lujo tan desorbitado, que a los jardines se los dio en llamar “La Corte del Retiro”.

La peluca

Lector ocasional, si admites que este cuento se basa en un hecho real, no harás una hipótesis en exceso dudosa. Contado por un clérigo de san Ginés, y relatando hechos que acaecieron en un entorno próximo a la iglesia, apunta ciertos visos de verosimilitud. Sea real la historia contada, o no lo sea, a quien la escribe le permitió justificarse un chocolate, con buenos churros, en el pasaje del santo, lo que no es habitual para su hígado poco permisivo a los excesos, amén de que su título, La Peluca, para centrar el tema de la vanidad, le vino al pelo.

En el Madrid de los primeros años del siglo XVIII un gentilhomme, que gozaba de prestigio y buena posición por los servicios prestados a S.M. D. Felipe V. enviudó; siendo la única hija habida en el matrimonio de temprana edad. Su posición en la Corte hizo posible que las continuadoras de las sabias doncellas elegidas por Santo Domingo de Guzmán se ocuparan, no sin esfuerzo, de la custodia y mejor educación de la niña.

Al abrigo del convento de Santo Domingo el Real creció la niña en las virtudes de sus protectoras, en el conocimiento de la historia –tan presente en el convento–, en la lectura de la Biblia, y en la disciplina del estudio. Adornaba su cultura el primor con que bordaba, la belleza de los encajes que salían de sus bolillos, o, entre sus muchas habilidades, la sobria elegancia con que confeccionaba sus propios vestidos.

El convento de religiosas franciscanas, Santa María de los Ángeles() colindante con el de Santo Domingo, tuvo cierta fama por haber pernoctado en él Santa Teresa de Jesús, al igual que lo hiciera en el de Las Descalzas en otras ocasiones. Con la disculpa de leer las obras de Santa Teresa existentes en la biblioteca la joven salía en repetidas ocasiones; otras, pretextando ayudar con sus labores a los sacerdotes de la Casa de la Misericordia; otras... ¡Cualquier disculpa era buena!*

El nuevo teatro de los Caños del Peral, las librerías del arenal de san Ginés, la plaza Mayor y sus mercados próximos, eran frecuentados en sus escapadas con la complicidad de un joven, ya afamado médico, hermano de una noble novicia de Los Ángeles.

En aquellos paseos ocultos conoció la triste realidad de la vida en una corte de perdularios, petimetres, buscones, amantes de lo ajeno y tantas personas que esperaban encontrar en las calles de Madrid lo que su indolencia les quitara. Su cómplice, con la complacencia de ambas familias y la bendición de las religiosas, sería más tarde su esposo.

Habilidades, cultura, buenas costumbres y bien hacer de padre y religiosas, hicieron que fuera llamada al servicio de la Corona. Unos dicen como camarera de la Reina, otros como dama de compañía de las Infantas; los más, como lectora de la Reina.

Vivía el matrimonio con la hija que al nacer aumentó la felicidad de ambos, en una de las casas que a sus elegidos y mejores servidores cedía la Corona, cerca del Alcázar, poco antes del incendio que destruyera la fortaleza-palacio en la Navidad de 1734.

*Recargadas tocas, brocados, lujosos vestidos, soberbias y adornadas pelucas, capas y un sin fin de ropas, joyas o aderezos eran llevados para que la culta dama retocara, cambiara de adornos, modificara diseños hiciera peinar o desaconsejara su uso. Adaptaba con elegancia ropas y adornos a las ordenes reales, que con buen sentido y mejor criterio, dictara el Rey para corregir el lujo de la Corte. (**)*

Criada entre lujo y boato, la hija de la ilustre dama de nuestra historia creció sin poder comprender; bien, la ponderada elegancia de sus padres. Esta, u otra causa, hacía aumentar la incertidumbre de la niña sobre posición y economía familiar. Una mañana, observando una lujosa peluca, se atrevió a preguntar:

—Madre, ¿por qué no usa Ud. pelucas parecidas? ¿Permite que me la pruebe?

La misma pregunta, en igual o parecida forma y con peticiones similares, fue repetida por la confundida adolescente a lo largo de todo el día, y al día siguiente, y al otro...

La sabia madre había meditado una decisión. Una mañana en el momento más inesperado se acercó a su hija; trenzó los cabellos de su hermosa melena y recogiendo la cuidada trenza sobre su cabeza, cubrió toda ella con un fino lienzo. Puso, entonces, la peluca deseada a la niña, diciendo:

—Hija mía, no permitas que el aspecto externo de las cosas atraiga tú atención, ni caigas en el error de adornar vanidosa tu belleza, ensalzar tus conocimientos o cualesquiera de los dones que Dios te haya dado o tu esfuerzo conseguido. El verdadero sabio es humilde, el que cree saber, osado y petulante. Usa durante todo el día la peluca; si te satisface, yo te mandaré hacer la más hermosa que hayas conocido.

La mañana pasó sin que nada turbara la felicidad de la pequeña; pero la tarde empezó a enseñar, con cada hora, lo que ocultaba de molesto tan codiciado adorno.

Llegó la noche; la adolescente rogó a su madre le inhibiera del uso de la peluca. Así lo hizo, lavó después con amor la cabellera de su hija e hizo quemar la peluca ante los ojos de la sorprendida niña. Peinó con sumo cuidado la limpia cabellera con la carda de púa más fina que perfumaba, de forma permanente, con unas gotas de agua de azahar, muguet e infusión de camomila. Cuando hubo terminado de cuidar la higiene de la niña le pidió se sentara ante un espejo para decir:

—*Estos dones que contemplas, por la limpieza de tu rostro y cabello, se los debes a Dios, son los que has de cuidar. Ahora, pon toda tu atención. Enseñándole el lienzo, terminó con las siguientes palabras:*

—*Hija mía ¿Ves a lo qué puede llevarnos el creer en el aspecto externo de las cosas, y la vanidad de llevar innecesario adornos?*

¡El lienzo estaba cubierto de piojos!

(*) Fue demolido en 1838 .

(**) Pragmática sanción de 1723.

N.A. El teatro de los Caños del Peral desapareció en la guerra de Independencia. Su mayor esplendor lo alcanzó en el reinado de Fernando VI, bajo la influencia de compañías italianas. Hasta mediados de los años sesenta quedaban algunas de las librerías citadas, en la calle Arenal, hoy han desaparecido. Los límites de los conventos pueden determinarse por las calles adyacentes, de la Priora, Costanilla de los Ángeles. Plazuela de Santa Catalina de los Donados, Cuesta de Santo Domingo, Caños del Peral, de las Veneras, de la Ternerera, etc. Toda la zona descrita se conoció hasta mediados del siglo XIX como Arrabales de San Ginés y San Martín, por ocupar parte de ambos. Curioso resulta comprobar como la puerta de la muralla más cercana a estas zonas, por el norte, era la de Balnadú, que sigue permitiendo las disputas, entre historiadores, del origen árabe o romano de Madrid. El nombre podía venir de *balnea.duo*, lo que justifica el origen romano (salida de los baños) o de *bal-al-nadur*, por su origen árabe (del diablo o de las atalayas e incluso frontera de los enemigos). En el monasterio de Santo Domingo se encontraba la tumba del rey Pedro II de Castilla, y durante un tiempo estuvo la de D. Carlos, hijo de Felipe II. Su patio fue testigo de la quema de la biblioteca y obras de don Enrique de Villena, maestre de Calatrava.

La entrega

Los alcorques en los que se asentaban los árboles que a ambos lados de la calle mostraban sus ramas, sin el verdor de las hojas que más adelante darían sombra, estaban cubiertos de escarcha. La mañana, aunque soleada, era algo desapacible; el viento frío que venía de la sierra y que bajaba desde la Moncloa hasta la plaza de España hacía que la temperatura pareciese más baja de lo que era en realidad. Serían las nueve menos cuarto. La agitada vida de Madrid había dado comienzo con bastante anterioridad. Los transeúntes, más de lo habitual, se movían con rapidez, ajustándose la bufanda y el abrigo.

Subí desde la calle Ventura Rodríguez hasta Quintana; en la esquina esperé a que pasara el 33, un autobús de dos plantas que entrando por la calle Luisa Fernanda, y girando por Ferraz, para subir por Bailén, me llevó pocos meses después a examinarme como alumno libre en el Instituto de San Isidro. Crucé Princesa y al subir hacia Alberto Aguilera me encontré con Domínguez saliendo del bar que regentaba su padre. Subimos los dos juntos hasta llegar al colegio-academia en el que estudiábamos bachiller elemental. En el camino, comentó:

—Ten cuidado, mi padre dice que los de filosofía y derecho están con ganas de montarla, y que ha visto como los de Falange se están reuniendo en los callejones de atrás, para hacerles frente; y, que habrá lío, seguro.

—¿Por qué? —pregunté con sorpresa.

—No lo sé, un follón con los mandones del S.E.U., o con una asociación de escritores, yo no lo sé; te lo digo para que cuando salgas de clase andes con cien ojos. ¿Te has traído bocata?

—Yo sí, —contesté.

—Pues los que no tengan que se apañen. Tú no bajas.

La distancia entre el bar de Domínguez y el colegio-academia no daba para más conversación. Juntos subimos las escaleras, entramos en el colegio y, ya en nuestra clase, la clase grande, o de don Juan, como la llamábamos, nos sentamos cada uno en los pupitres asignados desde el comienzo del curso.

La clase estaba en el silencio acostumbrado. Unos más dormidos que otros esperábamos a que don Juan nos preguntara la lección. Intentando hacer un último repaso observábamos como recorría la clase de arriba abajo, sin sentarse en la mesa que, entre las dos pizarras, le servía para todo: vender lápices, gomas, cuadernos de caligrafía, de dibujo, láminas para dibujar con tinta china, catecismos, etc. No era un buen síntoma

que pasara tanto, lo sabíamos, y el silencio del miedo, más que respeto, empezaba a hacerse cortante. Sentándose, a uno por uno fue preguntando la lección. Luego nos mandó al final de la clase a estudiar. A las once nos tocaba religión.

Sabíamos todos, de una manera u otra, que algo se estaba mascando, como decía Gómez, hijo de un sargento chusquero de infantería que llevaba siempre puestas unas enormes botas negras del ejército, fabricadas por Segarra, uno o dos números más de los que necesitaba y que arreglaba con dos o tres pares de calcetines, que también eran del ejército. Nadie dijo nada, doña Pilar, la esposa de don Juan, haciendo punto, era la encargada de vigilar que no habláramos, sentada entre nosotros en un viejo sillón, al fondo de la clase.

A las diez y media pedí permiso a don Juan para ir a comprar los bocadillos de los más favorecidos por la fortuna, o por el régimen, que tanto daba. Siempre iba yo. Me había encargado de ello el mismo don Juan, para evitar una desbandada del resto de compañeros de curso.

Salí a la calle y crucé a la acera de enfrente. En la taberna «El 59», próxima a la fábrica de cerveza El Laurel de Baco, en cuyo solar se ha construido un multicentro hoy propiedad de El Corte Inglés, compré dos bocadillos de calamares, y en la panadería-bollería que se encontraba uno o dos portales más abajo, tres trenzas, dos suizos y tres caracolas.

Apenas había salido de la panadería cuando una multitud de estudiantes, gritando y corriendo, me arrastró materialmente hasta la esquina de Marqués de Urquijo. Sin saber cómo, me encontré casi en medio de otro grupo numeroso de jóvenes, y no tan jóvenes, que desde la esquina de la calle Tutor subían gritando: ¡Viva Cristo Rey! ¡Estamos hartos de vosotros, rojos de mierda! Una manguera de un camión antidisturbios y la carga de los *grises* a caballo hizo que los estudiantes que subían por Princesa corrieran calle abajo. Como pude, me refugié en un portal y, esperando a que todo se calmara, asomaba la cabeza de vez en cuando. Un señor de avanzada edad, con sombrero marrón de ala ancha, cuando iba a salir me sujetó, diciendo: ¡No salgas ahora, chaval! En ese instante dos *grises*, porra en mano, entraron en el portal, cerraron las puertas, pidieron la documentación a los que estaban dentro y, uno de ellos, dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Qué llevas ahí?

—Los bocadillos de mis compañeros del colegio, bueno, los de mi clase —contesté, enseñando los dos paquetes.

El gris abrió uno de ellos, el de los bocadillos de calamares, cogió un calamar que se echó a la boca y, masticando, dijo:

—Lárgate y que no te vea más en ningún lío, si no quieres ir a un correccional.

El señor del sombrero marrón de ala ancha salió detrás de mí; pude oír como, entre dientes, murmuraba: «salvajes desertores del arado». Los que más gritaban se habían enseñoreado del centro de los bulevares y de la calle Princesa.

Crucé la calle, sorteando a los limpiabotas que estaban en la esquina de Alberto Aguilera, en las paredes del Banco de Bilbao, pude llegar al portal que daba entrada a los pisos que ocupaba el colegio. Eché una última mirada. Los limpiabotas, la abuelilla que vendía caramelos y tabaco suelto, secaban como podían sus enseres. Subí las escaleras como alma que lleva el diablo.

La puerta del colegio estaba cerrada, llamé al timbre y abrió don Juan hijo (le llamábamos Tito entre nosotros), de un tirón del brazo me hizo pasar, cerró inmediatamente, y preguntó:

—¿Cómo has tardado tanto? Tienes a don Juan preocupado y a tus compañeros hambrientos.

—He estado en un portal esperando que se pasara el follón —contesté.

Jadeando conté todo lo que había ocurrido: los gritos, la carga de los grises, las mangueras, hasta lo del calamar. Esbozó una sonrisa para decir:

—Entra en clase, reparte los bocadillos y siéntate. Ya hablaré yo con don Juan. ¡Ah! Ten la boca cerrada.

Entré en la clase grande; los recién estrenados fluorescentes, el resto de luces estaban apagadas, iluminaban los pupitres. Las contraventanas cerradas no dejaban entrar la luz natural y, por una de ellas entreabierta, miraba a la calle don Juan que con las manos cruzadas por detrás sostenía en una de ellas el puntero, un palo de escoba, con el que nos hacía señalar en los mapas cuando nos tocaba geografía. Un silencio sepulcral envolvía la clase; las miradas de todos se dirigían hacia mí, interrogantes, confusas. Velasco, mi compañero de pupitre, dándome con la rodilla en el muslo, preguntó:

—¿Qué pasa?

—En la calle parece que se están peleando los falangistas con los de derecho y filosofía, pero no me he enterado del todo. ¡Menudo lío!

Don Juan se volvió hacia nosotros. Con el puntero en la mano, amenazante, repitió una vez más:

—¡No quiero oír ni a una mosca!

La mañana transcurrió tensa. A las doce salían los párvulos. Doña Luisa, la profesora, abrió la puerta de la clase, contigua a la de don Juan, y desfilaron los pequeños por la clase grande, en silencio, camino del pasillo que daba a la salida. Fue en ese instante cuando recordé el sobre grande, de color marrón claro, que me había dado un estudiante bastante mayor al entrar en el portal del colegio con un: ¡Escóndemelo! pocos segundos antes de salir corriendo. Lo había dejado, casi a la vista, en el patio de luces que daba a la escalera de entrada. Pedí permiso para ir al servicio, cogí el sobre, y después de esconderlo detrás de una de las cisternas, más tranquilo, volví a la clase.

Después de entregar la lámina de dibujo que nos tocaba hacer en clase; teníamos religión. La lección me la preguntó Tito; debí sabérmela bien porque dijo: consulta a don Juan si puedes irte a casa.

Sería la una del medio día cuando salí por la puerta del colegio. Bajé por Princesa y al llegar a la esquina de Serrano Jover subí hacia Alberto Aguilera. Frente al cine Bulevar, en el paseo central, un grupo de falangistas con pantalón gris, largo, camisa azul y cinturón militar de hebilla grande con el yugo y las flechas en relieve, y una boina roja colocada bajo la hombrera de la camisa, rodeaban un árbol. Unas flores estaban en el suelo y oí decir: «Aquí le han matado, estos se van a enterar: ojo por ojo...». Los árboles cercanos tenían cuartillas clavadas con frases como: ¡Miguel, te vengaremos!, ¿hasta cuándo?, ¡hasta que nos cansemos! Estuve un rato entre los curiosos y ¡Dios mío, el sobre! Corrí hacia el colegio. La puerta estaba abierta y pude entrar a los servicios sin ser visto, recogiendo el sobre de su escondite salí saltando las escaleras de dos en dos. No paré de correr hasta que llegué al portal de la vivienda de mis padres.

Jadeando, me senté en las escaleras del portal. Abrí el sobre. Unos folios impresos se repetían:

*¡UNIVERSITARIOS!
Nos han prohibido el congreso...
Abajo el S.E.U.
¡Fuera Blas-Himmler!*

Una carta escrita a máquina, era una copia hecha con papel carbón, contenía un texto, que no se apartaría mucho del siguiente:

Patilargo:

Procura estar muy pendiente pero tranquilo. El rector está de nuestro lado. Un amigo de Elorriaga, el falangista liberal que nos apoyó con el congreso de Jóvenes Escritores, dice que ya, dentro del S.E.U., están divididos los mandamases sobre...

Varios folios, escritos a mano, unos a lápiz y otros a bolígrafo, recogían párrafos que empezaban, creo recordar, así:

—Unamuno mantiene...

—Costa advirtió que...

—Jovellanos, en carta remitida a Floridablanca, ya comentaba...

—Sánchez Albornoz, desde el exilio, escribió que...

Apenas entendía el contenido de los folios y los guardé. Dos cuadernos, de los caros, con espiral, de la marca Centauro, escritos a mano, llamaron de forma poderosa mi atención. En uno de ellos, una pegatina tenía rotulado en letra redondilla: *La Priora I*. El otro cuaderno, también en letra redondilla y sobre otra pegatina: *La Priora II*. Guardé los cuadernos en la cartera y los folios en el sobre.

Ya en la puerta de entrada al piso en el que vivía hice sonar el ronco timbre —la

abuela insistía a mi padre para que lo cambiara; según ella parecía el ronquido de un gañán harto de cazalla–, y esperé a que abrieran como si no hubiera pasado nada. Fue mi madre quien lo hizo y, nada más verme, con evidente mal humor, mostrando una clara preocupación (estaba informada por la radio de lo que había ocurrido en las cercanías del colegio), preguntó:

—¿Dónde andabas? Me tenías en ascuas, ¿no te habrás metido en algún lío? Tú eres capaz de...

—No. Hemos salido más tarde –contesté antes de que terminara.

—Espero que sea así, lávate y ayuda a tu hermana a poner la mesa. ¡Vamos, no te hagas el remolón!

Mi madre insistió en preguntarme que de dónde venía, por qué había tardado tanto, que si me había enterado de algo, que...

Así terminó aquella mañana del nueve de febrero de 1956. Aún no había cumplido los doce años.

N.A. Con posterioridad pude saber quiénes eran el rector, patilargo y otros personajes que se citaban en los folios que el estudiante me entregó para su custodia. No es este lugar, ni el momento, de aclararlo. Mucho debe la democracia española a estos personajes. En otra ocasión les haré justicia. Los hechos relatados el día nueve de febrero de 1956 son rigurosamente ciertos.